

EXCELSIOR

PAGINA EDITORIAL

MIERCOLES 31 DE JULIO DE 1974

Comunicación Libre, no Ficticia

TRAS de lamentar lo ocurrido a la principal prensa peruana, el Presidente Echeverría aseguró que en México no podría ocurrir un hecho semejante. Puesto que el titular del Ejecutivo habla en esa su calidad, su aseveración ha de tenerse como un compromiso del gobierno que él encabeza, con todo su valor y todas sus consecuencias.

Sería injusto poner en duda que, particularmente durante esta administración, el sistema político mexicano permite la libertad de expresión. Si ella no se ejerce responsablemente, todas las veces que sea necesario, tal comportamiento debe ser atribuido a los órganos de comunicación. Cierto es que ellos obedecen a una variedad de condicionantes, pero su conducta final, en última instancia, es determinada por ellos mismos, en función del papel que quieran desempeñar en la sociedad.

Pero sería erróneo, paralelamente, concluir con apresuramiento que en lo concerniente a la posibilidad de la expresión pública vivimos en una situación por completo satisfactoria. Estamos lejos de ello. Para que se complete la libertad de prensa, a la de expresión tiene que añadirse la libertad de información. Lo que se refiere a la vida común de los mexicanos debe poder ser investigado en beneficio de los mexicanos, y expuesto también en su provecho. Abatir las barreras a la libre indagación periodística: He allí un largo tramo de camino que aún queda por recorrer.

Por la libertad que, en los términos descritos, es propia de los órganos de comunicación, se paga un precio muy caro. Este se representa no sólo por la abrumadora, agobiante cantidad de basura impresa o transmitida que encuentran libre acceso a la conciencia de los mexicanos, y la cual es posible hallar

a cada paso, sino también y sobre todo por la distorsión que convierte a los medios de comunicación en mero afán lucrativo, desdeñoso de la trascendencia social de su función.

A pesar de la legislación vigente, la pornografía se ha vuelto omnipresente. Y otro garlito más riesgoso, el compuesto por ataques tan frecuentes como arteros a otros aspectos de la moral social —que no se agota, ni con mucho, en una moral sexual difícil de establecer— lo alcanza casi todo. ¿No hay, en efecto, corrupción en el hecho de que existan diarios en la ciudad de México cuya existencia es ignorada por el público? ¿Cuál bien aportan a la comunidad periódicos de circulación falseada, desprovistos de rumbo, incapaces de transmitir los contenidos sociales que tienen relevancia para la comunidad?

Bien que el trasiego de las ideas, el mercado de la prensa, sean abiertos, libres. Pero que no sean ficticios. La libertad real, plena, supone respeto para el discrepante. Y todos los días, sin embargo, en prensas públicas u ocultas, se lanzan invectivas, se difama, se arroja la calumnia sobre quien, creyente y profesante de la expresión libre, supone estar capacitado para cuestionar al poder público y sus manifestaciones.

En sentido contrario a lo que ocurre en ciudades de mayor dimensión humana y cultural que la nuestra, en la capital mexicana aparecen cotidianamente veintitantos periódicos. Los más de ellos tienen vida artificial y por lo mismo falsa, inauténtica. Redundantes unos respecto de otros, son prescindibles, en su mayoría. Si alguna vez las voluntades que los sostienen, que los pagan con quién sabe qué ignorados e inciertos propósitos, mudaran su actitud, no habría ataque a la libre expresión. Ella saldría gananciosa.